

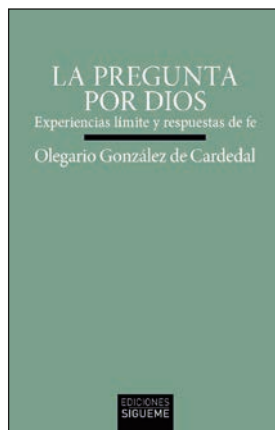
TEOLOGÍA

El autor nos invita a profundizar en la pregunta por Dios porque esta acaba aportando al ser humano luz para pensar y vivir

Luz para pensar

Olegario González de Cardedal es uno de los teólogos más brillantes e influyentes después del Concilio Vaticano II. Su aportación a la cultura, a la Iglesia y a la sociedad está marcada por la hondura de su pensamiento, por la iluminación que viene de sus reflexiones y por la belleza literaria con la que se expresa. Apoyado en toda la tradición teológica, filosófica y literaria, entra en las cuestiones primordiales del ser humano y saca a la luz las preguntas que todos llevamos y que, a veces, no somos capaces de formular. Por eso, su teología integra admirablemente la reflexión sobre el Dios viviente y la iluminación de la existencia humana. Recoge la luz de la revelación de Dios y las inquietudes del hombre, también en su expresión histórica concreta, alumbrando las situaciones sociales y políticas del tiempo que le ha tocado vivir.

En el libro que acaba de publicar, el teólogo abulense abre el campo para que afloren las grandes cuestiones del ser humano, sin las cuales la vida humana quedaría en barbecho o en un lento movimiento. Tenemos necesidad de pensar lo fundamental, porque “las preguntas por el sentido (*origen*) y la pregunta por la salvación (*fin*) no pueden ser descartadas ni sofocadas si queremos vivir con dignidad y morir con esperanza” (p. 14). Y pone ante nosotros la pregunta humana fundamental: desde su entraña más profunda, el hombre se pregunta por Dios como su origen, su compañero y su destino. Este preguntarse por Dios y desearlo se manifiesta en situaciones que ponen al hombre ante sus límites, como muestran las experiencias del sufrimiento, del mal o de la muerte; pero



LA PREGUNTA POR DIOS

Experiencias límite y respuestas de fe

Olegario González de Cardedal

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2023 · 128 pp.

el límite planta al hombre, sobre todo, ante aquello que le excede y le llama hacia aquello que le trasciende. Por eso, la experiencia del asombro ante la propia vida, el prójimo, lo bello, el testimonio de otros o el don elevan la mirada hacia un más allá de sí mismo. Se descubre, si permanecía oculto, el deseo de Dios y la inquietud por su misterio.

De esta forma, aparece una cuestión central para la vida humana, que tiene consecuencias eclesiales, culturales, políticas y espirituales. Y si el tema de Dios es decisivo para el hombre y para todo lo humano, la teología tiene una misión que cumplir en la sociedad, en la cultura y en la Iglesia. La pregunta por Dios surge en lo más profundo de lo humano y ha de recibir aportaciones desde todos los ámbitos humanos; pero la teología es el lugar específico para hablar de Dios. ¿No tenemos hoy la noble tarea de hablar bien y bellamente de Dios? ¿No necesita la Iglesia hablar de Dios y tenerlo en su centro cada día con más claridad y más fidelidad? ¿No

necesita la sociedad hablar de Dios porque Él muestra lo más grande del hombre y su medida más alta? Por mucho que se haya insistido en la necesidad de concentración teológica de la Iglesia y en la dimensión espiritual de la vida social, constantemente hemos de pensarlo y concretamente estamos llamados a realizarlo en cada momento. Plantearnos la pregunta por Dios es un servicio a la vida humana y al destino común de los seres humanos, pues lleva a pensar lo más hondamente humano y a ponernos ante quien nos hace plenamente humanos. Así, la teología tiene máxima actualidad, porque necesitamos pensar a Dios, preguntar por Dios y preguntarle a Dios.

Reflexión y oración

La misma pregunta por Dios nos alumbraba, pero hay una luz que viene de más allá del hombre. No se trata solo de iluminar razonadamente el pensamiento sobre Dios; además, la fe ofrece una luz para mirarlo con vitalidad y para iluminar la vida humana. Y así se unen razón y fe, reflexión y oración. La relación con Dios ilumina el pensamiento y capacita al hombre para un compromiso de fe. Y como la razón, la fe supone una experiencia de asombro ante el Dios vivo y ante un don de vida que nos excede. Según González de Cardedal, “por sí sola, la pregunta por Dios no engendra la fe. Esta es el resultante de una llamada de Dios a la libertad del hombre, que incluye intelección y decisión” (p. 119). La llamada y el don de Dios suscitan asombro y generan fuerza para una existencia creyente. Una fe viva es sorprendente, creativa, alegre. Si se constata que “los cristianos hemos perdido el sentimiento de asombro y gracia que supone poder creer” (p. 83), ¿no faltará vitalidad a la fe? Y puesto que la pregunta por Dios tiene un lugar especial en el asombro, ¿no tendremos que asombrarnos todos los hombres para pensar y los cristianos para creer? Profundizar en la pregunta por Dios, como se plantea el presente libro, termina aportando luz para pensar y para vivir.

EMILIO J. JUSTO